

LIBROS

Verba manent...

Aunque para ello hayan tenido previamente las palabras que convertirse en scripta; hayan debido someterse, como señala Barthes en su inteligente presentación de estas Preguntas a la sociedad actual (1), al autocontrol castrante de quien las pronunció y ahora las revisa antes de su publicación en forma de libro, y el hilo, hasta cierto punto —sólo hasta cierto punto— inocente y espontáneo del discurso, haya dejado paso a una nueva estructuración jerárquica del mismo, a una especie de 'puesta en escena clásica de las ideas', como la califica el semiólogo francés.

Se trata, en efecto, de la transcripción de una serie de diálogos emitidos en su día a través del canal cultural de la TV francesa, y en los que intervienen desde politólogos o sociólogos, como Duverger, Aron o Touraine; demógrafos y ecólogos, como Dumont o Sauvy; dirigentes sindicales: por ejemplo, Maire o Charles Levinson; políticos: Olof Palme o Michel Rocard; profesores de Filosofía: Châtelet, etcétera.

Lo primero que nos llama la atención en estas páginas es la frecuencia con que aparece la palabra "utopía". "Todo el mundo habla de utopía", afirma de entrada el periodista Gilles Lapouge, aunque inmediatamente puntualiza: se trata de una utopía que ha perdido su primigenio carácter liberador para colorearse de unos tintes amenazantes y sombríos, que no se vive ya como esperanza, sino como ansiedad.

¿Es que acaso ha cambiado el contenido de la utopía? No, se responde a sí mismo Châtelet y el propio Lapouge. Lo que ha cambiado es la sociedad que la contempla. Las utopías de un Tomás Moro o un Campanella, surgidas en el seno de una sociedad profundamente injusta e irracional, proponían a los contemporá-

neos la meta ideal de un mundo igualitario, racional y organizado, donde, gracias a los adelantos de la técnica y a los progresos sociales, todas las necesidades básicas de los humanos serían satisfechas sin violencias ni discriminaciones.

Hoy, esa fe en la virtud liberadora de la razón técnica se ha quebrado de modo casi irremediable. Inmersos en un tipo de sociedad tecnocrática, comprendemos finalmente la irracionalidad profunda de un sistema que todo lo subordina —lo mismo las necesidades individuales que las colectivas— a la mera eficacia técnica y a las exigencias de la producción por la producción. La máquina no ha liberado a los hombres, sino que los ha sometido a su dominación, y la buro-

cracias y de control del individuo que adquiere día tras día la publicidad, y que hace que pueda equipararse al ejercido por la propaganda política en los Estados totalitarios; la tendencia a la expansión de los monopolios en los medios de comunicación, con una información cada vez más monolítica como secuela; el sarcasmo que supone el que nuestra sociedad reciba el apelativo de "opulenta" cuando debería calificarse más bien como sociedad de la injusticia y el despilfarro egoísta.

Dumont cita, por ejemplo, el hecho —anecdótico, pero elocuente— de que la sola publicidad de una edición dominical del "New York Times" derrocha tanto papel como el que se em-



¿Es esta la sociedad de la opulencia?

gracia, nuevo poder de base aparentemente racional, se ocupa de administrar con eficacia ese control de los hombres por las cosas, que ocupa el lugar que los utópicos habían reservado a la administración de las cosas por los hombres. En las nuevas utopías del siglo, las de Huxley, Jünger o Werfel, no vemos ya el reverso ideal de nuestro mundo, sino su prolongación lógica, en la que aparecen significativamente agudizados todos aquellos aspectos que hoy se nos presentan como más amenazadores.

Con tono en ocasiones menos apocalíptico que el utilizado por Châtelet y Lapouge, el resto de los participantes en la serie de "France-Culture" llevan a cabo, en sus respectivos diálogos, un diagnóstico lúcido, y acaso por ello pesimista en sus conclusiones, de este nuestro "mundo feliz". Así denuncian el poder creciente de manipulación de las

plea en todos los textos escolares de un país africano como el Camerún en un solo año. O el de que cada vez que en California la población aumenta en mil habitantes, se pierde un kilómetro cuadrado para la agricultura, que se dedica a autopistas, gasolineras, etcétera, y otros servicios que exige el automóvil particular. Basta trasladar, como hace Dumont, este ejemplo a la India, en algunos de cuyos distritos se da una densidad superior a los mil cien habitantes por kilómetro cuadrado, para comprender los posibles efectos de la generalización del sistema capitalista. ¿Qué soluciones ofrece éste? ¿Sustituir el automóvil por el transporte colectivo? No, castigar a los indios y esterilizar a sus mujeres a cambio de un transistor. Todo, en beneficio de la Ford o la General Motors. ■ JOAQUIN RABAGO.

Marcel Lefèbvre: Un integrismo histórico

Este es el último libro de José Chao (1) que interesará a muchos lectores por dos razones: su amenidad periodística y su agudeza al analizar objetivamente un hecho tan mal enfocado por la Iglesia oficial, y en particular por el arzobispo de París, monseñor Marty, y por el propio Papa Pablo VI.

La documentación del libro es exhaustiva, sin demérito de su lenguaje y redacción fluidos, que hacen que el libro se lea de un tirón.

En España hemos tenido una muy deficiente información sobre el fenómeno del integrismo religioso. Fenómeno que sólo puede conocerse a través de lo que ha ocurrido y ocurre en un país tan distinto del nuestro como es Francia. Allí fue —puede decirse— la patria de este integrismo rígido y severo que constituyó una pequeña pero muy influyente minoría en el país vecino.

Su historia —que comienza a principios de este siglo— es muy confusa y llena de sucesos un poco rocambolescos. Un prelado romano, monseñor Benigni, protegió a un inconformista clérigo francés —el ex jesuita M. Barbier—, que disenta de un ambiente católico más bien liberal, que era el predominante entre los obispos franceses. Y —como no todo les era favorable a los integristas— crearon una asociación secreta, La Sapinière, que, con infantiles procedimientos crípticos, se comunicaba con este prelado romano denunciando secretamente las aperturas doctrinales del episcopado francés y de los católicos más significados en aquel país.

El movimiento tuvo poco éxito oficial en la Iglesia, y el Papa Benedito XV escribió una encíclica, "Ad Beatissimi" —que desgraciadamente tuvo muy poca difusión—, en la cual desautorizaba a estos rígidos creyentes, a quienes no bastaba el nombre "católico", sino que necesitaban añadirle el adjetivo "íntegro". Estos tenaces conservadores se irrogaban, además, el privilegio de juzgar y condenar inapelablemente a aquellos fieles de la Iglesia que —en materias no con-

(1) Editorial Pecos. Madrid, 1977.



denadas expresamente por la Santa Sede— opinaban de distinto modo que ellos.

De esta forma semioculta y casi vergonzante continuaron estos católicos franceses integristas, pero políticamente estuvieron muy unidos a las variadas vicisitudes del partido político que más les amparó, L'Action Française, para abocar al integristismo de los años 50, que adquirió un tinte más intelectual con la revista teológica "La Pensée Catholique", y la que es más de batalla polémica, "Itinéraires".

Así las cosas llegó el inesperado Concilio Vaticano II, que produjo una verdadera conmoción en las filas católicas. Fue como una especie de incipiente lavado de cerebro que cambió la dócil y temerosa actitud doctrinal de los católicos y les inició en una postura abierta y cuestionadora que no ha encontrado todavía claramente su norte.

Y en este punto aparece el problema de monseñor Marcel Lefèbvre. Un obispo importante que ha pasado por los más variados cargos de responsabilidad y consideración dentro de la Iglesia: religioso primero, obispo y vicario apostólico después en África negra, arzobispo de Dakar más tarde, delegado apostólico para toda el África francófona y, posteriormente, superior general de su orden religiosa, llamada Congregación del Espíritu Santo.

Al volver a Francia monseñor Lefèbvre —el auge de la negritud tiene mucho que ver con este hecho, que ha sido crucial en la vida del obispo integrista—, los obispos, sus colegas, empiezan a desconfiar de él, y le van dejando en el ostracismo hasta pedir que no esté en la Conferencia Episcopal francesa.

Tras el Concilio viene el endurecimiento de su postura y su



aislamiento. Pero hemos de preguntarnos si es justo el duro tratamiento que le ha dado la Santa Sede a este obispo conservador, que ayer fue exaltado y hoy rebajado por seguir siempre en un inmovilismo ingenuo y falto de perspectiva. No nos olvidemos de un hecho histórico: que los que ayer se nos decía a todos ser la única doctrina ortodoxa y sola práctica segura para un católico, es lo que ahora está defendiendo monseñor Lefèbvre, y se encuentra con la oposición de esta misma Santa Sede que hace poco nos obligaba a aceptar ciegamente las posturas que hoy defiende monseñor Lefèbvre: la Misa en latín, la ortodoxia más rígida, una moral anacrónica y un ritualismo conservador.

Complemento de este libro es también el editado por Desclée (Bilbao, 1976) titulado "La crisis de la Iglesia y monseñor Lefèbvre", en el cual el conocido padre Yves Congar, O. P., expone sus críticas al obispo integrista, librito que merece la pena citar para poder leerlo y conocer así más directamente la polémica ocurrida en Francia. ■ E. MIRET MAGDALENA.

## Decadencia, delincuencia, denuncia

En su difícilmente discutible prólogo a "El jardín de los suplicios" (1), Luis Antonio de Villena define así el decadentismo: "Una atracción dorada por el abismo. El gusto complaciente por sentirse fin, y paladear, por lo tanto, la destrucción; el exceso convertido en sentido máximo de la vida, y manera vital de tocar la muerte. La fascinación por lo que nos destruye, si esta

destrucción, sin negar la podredumbre, va ataviada de galas barrocas, de gestos inútiles y bellos". A lo largo de todo su preliminar, Villena ha tratado de manera magistral la novela decadente, y ha incluido en ella "El jardín de los suplicios" y el "Diario de una camarera", de Octave Mirbeau.

Pero "El jardín de los suplicios" es algo más que una novela decadentista, algo más —mucho más— que un deleite moroso en la destrucción y en la podredumbre entre flores, que contemplamos en su tercera parte. Es, más que una novela decadente, una novela delincuente. Como tal, se plantea el mundo como un lugar donde el crimen es omnipresente, como fundamento mismo de la sociedad. Su primera parte es una larga disquisición sobre este tema: unos amigos, todos hombres importantes, todos hombres de mundo, reunidos en casa de un célebre escritor de su tiempo, discuten sin prejuicios sobre el crimen, sobre el asesinato y el robo, y llegan a la conclusión de que, sin ellos, el mundo no sería lo que es, y la sociedad establecida —de la que todos los que hablan forman parte en puestos relevantes— se hundiría sin remedio. Uno de los personajes explica: "Todos somos, de un modo u otro, asesinos". La segunda parte, relato dentro del relato, es la narración de un invitado, que nos cuenta cómo, a través de peripecias picarescas, valiéndose de argucias mil y de varias canalladas, consigue un puesto relevante en la Administración; y cómo, a causa de algunos errores políticos, se ve obligado a exiliarse, a irse de Francia, en un viaje pagado por el Estado, que le llevará a Ceilán. En el viaje conoce a una hermosa inglesa, miss Clara, residente en China, de la que se enamora; deja su

destino en sus manos, no desembarca en Ceilán, y se va a China con ella. Y la tercera parte, la verdaderamente decadentista, está formada por el relato que se nos hace de los suplicios que la justicia china administra en medio de un florido jardín. Juega entonces Mirbeau con los paralelismos entre el amor y la muerte, y nos cuenta la fascinación que produce el horror supremo de la putrefacción. Pero todo esto, este cuento de horrores exquisitos, es más bien una ilustración a su tesis: que el mundo entero es un jardín de los suplicios.

Octave Mirbeau fue un periodista de denuncia, un naturalista como Zola, que denunció los excesos de su tiempo y puso en tela de juicio absolutamente todos los componentes de la pirámide social. Su novela está dedicada "A los sacerdotes, a los soldados, a los jueces, a los hombres que educan, dirigen y gobiernan a los hombres". Su decadentismo fue un oropel, un disfraz con el que hacer pasar la píldora de una violenta diatriba contra todo y contra todos. Como Georges Darien, que hizo en "Le Voleur" una novela a la vez de aventuras y de denuncia, Mirbeau cedió a los imperativos del fin de siglo francés, a una estética del horror, para mostrar el verdadero horror en que se fundamentan nuestras vidas. ■ E. HARO IBARS.

## MUSICA

### Semana de Madrid: Por una música viva

La "Semana de música en vivo", organizada por el Sindicato de Músicos de Madrid —un Sindicato abierto, unitario y democrático— ha cumplido sus objetivos más primordiales: poner en el tapete de una vez y por todas la situación del profesional en nuestro país. Una situación que podría resumirse, a nivel de estadísticas, en un paro real cifrado en el 80 por 100 de los trabajadores del medio. ¿Causas fundamentales? La escasa difusión de la música en vivo, en directo, y, por el contrario, la apabullante utilización de las grabaciones, los discos, las "cassettes" y los cartuchos, los "play-backs" y



Monseñor Lefèbvre.

(1) Ediciones Cupsa.